El duro ejercicio de la realidad

DOBLE IMAGEN DE CLARA SILVA

por Angel Rama

EN la misma medida en que *Aviso a la población* es la mejor de las tres novelas (o relatos o nivolas) que ha escrito Clara Silva, se cumple en ella el proceso que rige la maduración esencial del narrador, trasladándolo de lo subjetivo a lo objetivo, de la intensa e ingobernada vivencia interna a la más cautelosa atención del mundo externo. Pero ese es también el camino fatal de la novela —que por algo es género de madurez más que de juventud [illegible]— o, para usar un título célebre de Butler, *the way of all flesh*: la creación de un universo coherente, y por lo tanto de un modo u otro interpretado, en cuya virtualidad [illegible] debe estar supuesta la realidad.

La mandrágora (en 1951) pudo parecer una [illegible] por la misma de su dificultosa estructura novelística; pero ya *El alma y los perros* (once años después) comenzaba a desprenderse del hálito confesional e intentaba agregar una realidad ajena, dándole significado. En ambos casos el novelista estaba pegado a una breve peripecia [illegible] recortada, amputada de todo contorno social, justificativo, generando así ese aire esquemático y muchas veces elemental donde las estructuras [illegible] gratuitas.

Aviso a la población es un intento más audaz, y Clara Silva pretende en él una captación —todavía interior, subjetivizada— de un personaje real inmerso en una coyuntura fuertemente dramática. Ha ido a buscar su asunto a la crónica roja de los periódicos y la portada del libro, con la foto [illegible] del Mincho baleado, hace las veces de [illegible] o petición de principios. En nuestro país han sido varios los autores que han intentado una visión artística sobre la vida de los infanto-juveniles [illegible] y sobre todo en el [illegible] diversos bocetos de un mundo que con [illegible] facilidad revertía a los términos de la crónica periodística, sin alcanzar una independencia [illegible]. Dentro de ese conjunto vacilante descuella la novela de Clara Silva por ser la más lograda, la que con mayor tesón aspira a la autonomía artística y [illegible] a una invención coherente. Pero no es la novela de Clara Silva, sino su mayor acercamiento a una creación plenamente lograda que [illegible] la espera en el futuro.

[illegible] el momento que el autor trabaja sobre una realidad muy conocida y debatida (y por lo tanto muy consolidada en fórmulas articuladas por la prensa) se ubica en el mismo dificultoso dilema en que se situaron los novelistas realistas, de Zola (y su toma de crónica roja francesa de mediados del XIX) a nuestros días. Y es por eso que esta novela concita la realidad conocida y al mismo tiempo la rechaza, sin llegar a conquistar una [illegible] artística propia, que al mismo tiempo sea veraz, independiente, real. Esta frustración, no tiene mucho que ver con la impericia del autor para la invención lingüística de la narración [illegible] también admite como origen los deslizamientos [illegible] que se introducen en el relato y que [illegible] las descripciones en detrimento del [illegible]. Pero se motiva en razones más complejas y [illegible].

QUE Clara Silva tuvo conciencia de la dificultad de la empresa lo demuestra el ángulo que adoptó para contar los últimos días o la última noche de un delincuente juvenil, intercalándole fragmentos de su vida anterior que están traídos [illegible] para explicar su conducta y destino. Prefirió aproximarse indirectamente a la vida interior del personaje, para no tomarlo de frente objetivamente; prefirió seguir de cerca sus sentimientos, recuerdos, ansias, sin tampoco instalarse dentro de él, en primera persona; prefirió muchas veces trasladar las sensaciones del personaje a una descripción de mundo exterior (la noche, la persecución, etc.) creando así valores tonales, instaurando así un clima sugerente, dramático, ansioso, que podría servir para traducir, en otras coordenadas externas, las vivencias interiores y el diapasón vital de su personaje. De este modo deambula entre subjetividad y objetividad, sigue de cerca y de lejos a su criatura novelesca, y conquista para sí una cierta libertad operativa que le permite juzgar, explicar, interpretar, vivir vicariamente lo que su personaje no llega a vivir, y a la vez tratar de rozarlo. En cierta medida se instala en ese viejo [illegible] que aparece al final, mezcla de caridad y comprensión, que busca redimirlo y sólo consigue un acento falso y ajeno dentro de una novela que siempre está más próxima a la verdad, que en ese desenlace forzado.

Merced a esa instalación narrativa, Clara Silva consigue un empastamiento literario coherente, siempre más en la tónica descriptiva que en la puramente narrativa, que le permite integrar armoniosamente un conjunto de escenas desligadas, disimulando su planteamiento esquemático en torno a [illegible]. También consigue, y es más importante, un tono constante, calificado, donde se transparenta una angustia existencial auténticamente convivida; es en él donde se evidencia esa simpatía desolada que la ha llevado a la creación artística, y a través de él se entrega con fuerza el autor, ocupando, por un desvío literario, el centro de la peripecia narrativa, prestándole su desazón propia al personaje, pasándole su sangre para que con ella devenga criatura viva.

Pero eso no se alcanza plenamente. Lo que falta en la novela es la creación autónoma de un personaje literario. Si esta es, como creía Ciro Alegría, la mayor dificultad de la narrativa hispanoamericana, donde, él afirmaba, sólo existen poquísimos personajes auténticos, independientes, aquí se la confirma porque de esta novela no se desprende un ser entero, vivo, tal como ocurre de Balzac a Proust o de Tolstoi a Mann en la gran literatura realista europea. El personaje alienta débilmente dentro del tono rapsódico que le ha impreso el autor a su obra; es decir, existe como proximidad querida del autor, y no como realidad independiente, que se impone al propio autor, y llega a desprenderse de la novela porque la arrastra detrás de él. Es aquí donde duramente se establece la competencia de la realidad conocida: el Mincho es más y más real que esta criatura novelesca, pero a través de ella —y es el mérito de Clara Silva, su tesonero acercamiento al universo objetivo— somos capaces de intuirlo y de completarlo por nuestra cuenta, poniéndole lo que en esta creación le falta, alterándole las frases demasiado recargadas, quitándole lágrimas, otorgándole un super *ego* más fuerte y coherente, sumergiéndolo en una realidad viril más plena, haciéndolo funcionar en un plano de invención lingüística más rica y veraz (no convencen, en boca de un policía, con intención de dar fuerza y brutalidad, frases como esta: "te vamos a destrozar el lindo culito de tu mamá").

CLARA Silva no se limita a contar un "sucedido", sino que hilvana un conjunto de episodios en torno a una línea interpretativa claramente definida: si no en la justificación, estamos en la explicación piadosa de *cómo se hace* un delincuente juvenil a partir de las condiciones sociales en que nace y se desarrolla. Es este uno de los temas recurrentes de la explicación sociológica o psicológica de la delincuencia, muy en boga entre "la oposición", y estamos dispuestos a reconocerle su importante cuota de verdad a despecho del esquematismo facilongo con que traslada a la "sociedad" o al "estado" la responsabilidad de todo. (Subrepticiamente le procede a una "despersonalización" que no sólo instaura una inocencia algo estupidizante en los seres humanos, sino que termina escamoteando la mera existencia del hombre como entidad viva y actuante). La familia (el capítulo "Mamá tápese" que evoca el primitivo drama criollo), las malas compañías ("Total sos menor"), los institutos del estado ("Reformatorio"), son eslabones de esta cadena explicativa, y la importancia que se les concede contribuye a que el personaje vea reducida su autonomía y con demasiada frecuencia sea un mero condicionamiento ambiental que lo fataliza y disgrega. Reconozco aquí, como mérito del autor, la austeridad de la interpretación, el rechazo ostensible de las debilidades, la asunción adulta de la ferocidad del mundo, aunque creo que en estos rápidos bocetados del hampa criolla hay más invención imaginativa que directo conocimiento de los ambientes y las situaciones propias de ese submundo. Prácticamente el autor inventa una realidad, acusando con fuerte "staccato" sus rasgos más violentos, forzando su impiedad, pero no alcanza a hacerla verosímil, lo que debe entenderse no en un sentido de copia fotográfica naturalística, sino como un modo de hacer caer al lector en el ilusionismo narrativo, cosa que exige sin embargo un contacto más reavivante con lo real.

Hay siempre en Clara Silva una tendencia patética cuyo desborde le confiere, como en Delmira Agustini a quien ella admira, una espectacularidad de teatro. Pero esa intensificación emotiva, que se traduce en la sobreescritura de muchos pasajes, en el golpeteo insistido sobre una misma situación, en la recurrencia a los golpes pretendidamente brutales, resulta aquí ineficiente por lo mismo que la situación está de suyo en los límites de la violencia y el desgarramiento. Al revés, cuando ocasionalmente se la traduce en términos más austeros, o más simples (la escena del perrito) alcanza más impacto. Del mismo modo, ese sistema, cuando se aplica a personajes de clase más alta, tiende a la caricatura (el juez de menores es un ejemplo) y diluye la ambición de crítica que la mueve.

Lo más positivo del intento es el intento mismo, la ambición del autor: tomar un fragmento de realidad, vivenciarla dramáticamente y darle sentido para proyectarla sobre el lector con la misma ferocidad con que ha sido recibida por el autor. Aquí se muestra la entereza creativa de Clara Silva, su mejor ubicación en la literatura, y sólo puede reprochársele la concesión que el final hace a una vaga religiosidad que resulta chocante con el universo vacío de caridad que ella presenta y que es una hoquedad tan desesperada que por sí sola concita como necesidad la presencia de Dios. Porque las criaturas destrozadas que mueve implacablemente sólo se explican, en definitiva, por la ausencia del espíritu divino. Ahí está la mejor nota del libro, ahí está el acento más auténtico que fundamenta la obra de Clara Silva.

LA otra imagen de Clara Silva es la que ofrece su poesía, y no es, a pesar de lo que pudiera pensarse por tratarse del género que más ha frecuentado y donde ha ganado su renombre, una imagen tradicional. También en la poesía nos muestra ella ese mismo impulso de objetivación, de apropiación del mundo, como decía Goethe en su famoso consejo a los poetas, que observamos en su tercera novela.

Guitarra en sombra inicia una tercera etapa en la poesía de Clara Silva, sustituyendo a su primera época de efusión lírica atormentada, nerudiana, (*La cabellera oscura*, *Memoria de la nada*) donde una intensa subjetividad erótica se explayaba en verso caudaloso, ingobernado, y a su segunda época de dominante preocupación religiosa (*Los delirios*, *Las bodas*) en que esa misma subjetividad, ese mismo frenesí altivo, donde histrionismo y angustia son componentes inseparables, se enfrentaba a la primera contención externa, que le venía de una presencia más reclamada que actuante realmente, la de Dios.

Ahora Clara Silva mira a su país como lo ha mirado en *Aviso a la población*. De ahí le vienen los ritmos propios, casi folklóricos, característicos de las tonadas en guitarra (y que ya fueron cultivados con maravilla por Cunha) que ponen dejos de "tristes" y de "vidalitas" y de "tangos"; de ahí esa dicción directa, limpia, más concentrada que en sus anteriores poemas; de ahí esos temas ciudadanos (nuestra ciudad montevideana) con las llamadas, las letras de tango, las calles llenas y la soledad que se vive en medio de la muchedumbre.

"*Ser yo misma si pudiera*" dice en un verso que define el intento general. Porque no se trata de *ser* en un oscuro recinto propio, sino de ser, en medio de una realidad que entra, gozosa, viva, palpitante en su lírica. Es un camino que ya ha transitado Idea con semejante angustia y desasosiego; es un camino que lateralmente ha rozado Cunha, trasuntándolo en el juego rítmico más leve. En el caso de Clara Silva, sus mejores momentos están en una suerte secreta de conceptismo (que sin esta felicidad expresiva y sin esta concentración ya había aparecido en *Las bodas*) que le permite una dicción seca (véase el "Triste Nº 2" o "Alma en pena") y le confiere una severidad honda.

Curiosamente, en ese tono sin demasía, en esa contemplación adulta del bien y el mal, del tiempo transcurrido, del sufrimiento vivido, de la sequedad padecida, tiene Clara Silva, para mí, un nivel de excelencia poética, y de verdad propia, que muchas veces no encuentro en su anterior producción lírica. El camino de toda carne, que decíamos al comienzo, que es el camino de la realidad, de la vida auténtica, no sólo es duro, sino que endurece, confiere la contextura del hueso, su austera persistencia. Es sabido que él dura algo más, (al menos), que la blanda carne emocionada en que tantas veces nos complacemos con demasiada confianza. Esa supervivencia fuerte es la que con lucidez acomete ahora Clara Silva.